

Décalages

Volume 1 | Issue 3

Article 3

1-1-2013

Discurso y subjetividad. Michel Pêcheux:hacia una teoría de las garantías ideológicas

Pedro Karczmarczyk

Follow this and additional works at: <http://scholar.oxy.edu/decalages>

Recommended Citation

Karczmarczyk, Pedro (2013) "Discurso y subjetividad. Michel Pêcheux:hacia una teoría de las garantías ideológicas," *Décalages*: Vol. 1: Iss. 3.

Available at: <http://scholar.oxy.edu/decalages/vol1/iss3/3>

This Article is brought to you for free and open access by OxyScholar. It has been accepted for inclusion in *Décalages* by an authorized administrator of OxyScholar. For more information, please contact cdlr@oxy.edu.

Discurso y subjetividad. Michel Pêcheux: hacia una teoría de las garantías ideológicas¹

Pedro Karczmarczyk

Resumen:

En su célebre artículo sobre la ideología y los aparatos ideológicos de estado, Althusser indicaba que las evidencias por las cuales una palabra “designa una cosa” o “posee una significación” se ubicaban, junto con la evidencia de ser sujetos, al nivel de los efectos ideológicos fundamentales. Por otra parte, Althusser destacaba la carencia de una teoría de la garantía ideológica. Con la primera observación, Althusser se limitaba a señalar un paralelo, sin establecer una conexión. Con la segunda, llegaba a fijar una meta teórica. En el presente trabajo intentaremos reconstruir el trayecto recorrido por Michel Pêcheux para establecer una conexión allí donde Althusser designó una analogía, e intentaremos mostrar cómo el desarrollo de esta conexión permite establecer las líneas generales de una teoría de la garantía ideológica. Nos concentramos en *Les vérités de La Palice* (1975), en particular en la operación que, siguiendo los límites de lo que Pêcheux denomina “el materialismo de Frege”, intenta convertir en regla lo que en el campo del pensamiento fregeano se presentaba como un *non-sens*: que el sentido de las palabras, expresiones y proposiciones se viera afectado por su asociación con otras palabras, expresiones y proposiciones. A partir de allí seguimos la construcción de los conceptos fundamentales con los que Pêcheux intenta definir un “nuevo objeto”: formación discursiva, proceso discursivo, interdiscurso, discurso transversal e intradiscurso, guiado por dos mecanismos discursivos extrapolados de la reflexión fregeana: el de lo *preconstruido* y el de la *articulación o efecto de sostén* (*grosso modo*: procesos metafóricos y metonímicos). Intentaremos destacar dos puntos: que los mecanismos discursivos identificados están sometidos a una divergencia (*décalage*), a partir del cual pueden comenzar a pensarse las paradojas de la interpelación ideológica sin

1 Una versión previa de este trabajo fue presentada en noviembre de 2012 el 5° *Encuentro de discusión* organizado por el Proyecto UBACyT: “Discurso, Política, Sujeto: encuentros entre el marxismo, el psicoanálisis y las teorías de la significación”, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires y en la mesa “El esquivo objeto de la ideología” en las VII Jornadas de sociología de la Universidad Nacional de La Plata, en diciembre de 2012. Agradezco a los asistentes a dichos encuentros los comentarios y críticas realizados.

sucumbir a sus evidencias. La divergencia a la que aludimos consiste en que la inscripción del proceso sin sujeto en la ideología requiere la duplicación de los elementos para que puedan actuar sobre sí como si fueran otros que sí mismos. Insistiremos en que es esta divergencia o contradicción, interna a la forma sujeto, y no la propia forma sujeto, lo que constituye el motor del proceso. Por otra parte, intentaremos mostrar que los dos mecanismos aludidos dan lugar a una concepción dual del sujeto ideológico, por el cual éste está sometido a la “garantía empírica”, por la que el sujeto se identifica a sí mismo, a los otros y al mundo de objetos que lo rodea, y a la “garantía especulativa”, que produce el retorno de lo universal de la formación discursiva en el discurso del sujeto. El paso continuo de una forma de garantía a la otra (de la posición del sujeto del discurso como enunciadador a su posición de sujeto universal, pretendido “sujeto de la ciencia” por medio de la identificación con el otro) da cuenta del hecho de que “la ideología no tiene afuera”, ya que tiende a absorber espontáneamente cualquier discrepancia en la forma sujeto, o ruptura con la misma, en el interior de la forma sujeto.

Introducción

El concepto de discurso nace en una encrucijada teórica planteada en el entorno del pensamiento estructural acerca del problema de la eficacia de la estructura. Nos centraremos en la figura de Michel Pêcheux, quien desarrolló este concepto a partir de premisas althusserianas y lacanianas. En la reflexión de Althusser, fue sobre todo la noción de sobredeterminación la que sirvió para pensar el problema de la eficacia de la estructura. En efecto, Althusser insistió sobre la aparición, en la producción teórica de Marx, en especial con el concepto de modo de producción, de una reflexión sobre la naturaleza de la totalidad social que desafiaba los moldes hegelianos o mecanicistas con los que se debatía en el seno del pensamiento marxista la cuestión de la determinación en última instancia por la economía. La concepción hegeliana de la dialéctica presenta una noción de totalidad organizada en torno a una contradicción principal que le marcaría el paso a las contradicciones secundarias, en cuyo movimiento se podrían leer inmediatamente las peripecias de la contradicción principal. La totalidad hegeliana sería así una totalidad orgánica en la que cada una de las partes expresaría la contradicción principal, que devendría una suerte de esencia de la

totalidad. Por ello Althusser insiste en el carácter “sobredeterminado” de la contradicción marxista. Esto significa que la contradicción principal no se manifiesta inmediatamente en cada una de las partes del todo, en las que sin embargo incide, lo que haría de las contradicciones secundarias medios para el desarrollo de la contradicción principal, la que sometería así al todo a su teleología. Al contrario, la contradicción principal tiene lugar a través de un cúmulo de contradicciones dotadas de su propia eficacia, es decir, no siempre convergentes con la de la contradicción principal. Más aún, la contradicción determinante no puede identificarse con instancias particulares presentes en un todo, lo que llamaríamos esfera económica, jurídico-política, ideológica, etc., y ello por una razón muy simple, identificar una instancia como la determinante implicaría hacer de un elemento constitutivo de lo social un elemento óntico que ya presupone su acción (ver Badiou 1970). El elemento determinante está presente en la totalidad, entonces, no como causa, lo que supondría su existencia separada –la causalidad humana requiere la independencia lógica de los términos-- sino como efecto, o mejor, *a través de* sus efectos. Pero por las mismas consideraciones, no puede tratarse de un efecto humano, sino que supone relaciones internas entre causa y efecto. Esto da lugar a varias fórmulas peculiares que encontramos en los textos de Althusser, como la de “causa ausente”, discernible por sus efectos, con las que se intenta apresar la “eficacia de la estructura” o la “causalidad estructural”. Vemos afirmarse, a través de estas nociones, la tesis de que lo determinante existe a través de lo determinado.

Con estos desarrollos como telón de fondo surgió la reflexión de Althusser sobre la ideología, que ganó una profundidad inusitada con el artículo “Ideología y aparatos ideológicos de estado” (Althusser 1988), reflexión que debe pensarse como una búsqueda en profundidad en el territorio abierto por el concepto de sobredeterminación. Este artículo va a realizar una operación que consiste en implicar ideología y sujeto, pero no en el modo clásico de una ideología que se impone a unos sujetos dados o ya constituidos, sino por medio de una mutua implicación, a raíz de la cual la categoría de sujeto se convierte en “la categoría ideológica fundamental”, a través de la interpelación ideológica en distintos aparatos que constituyen a los individuos como sujetos de maneras diversas. La interpelación constituye a los individuos como sujetos, provocando en ellos una relación imaginaria con sus condiciones de

existencia: los sujetos, cuyo estatuto teórico es del orden de los *efectos*, son *constituídos como causas*, de manera que los mismos “marchen solos” en los distintos lugares que la división socio-técnica del trabajo les asigna, asegurando con ello la reproducción de las relaciones sociales de producción. Los individuos son constituidos por la interpelación ideológica como sujetos económicamente útiles y políticamente dóciles.

A fin de radicalizar su análisis, rompiendo con una concepción idealista de la naturaleza de la eficacia de la ideología, que operaría por medio de la “acción de las ideas”, Althusser precisa distinguir entre ideologías particulares, insertas en aparatos ideológicos específicos, de validez histórica restringida, y la ideología en general, de la que Althusser afirma que posee validez histórica ilimitada, la que remite al mecanismo general con el que opera la ideología, exhibiendo que su eficacia es independiente de la causalidad de las ideas: interpelación, existencia de la ideología como práctica, reconocimiento-desconocimiento, constitución de los individuos como sujetos sometidos al Sujeto, sujetos que encuentran en éste una garantía que ratifica las evidencias que constituyen “su mundo”, su sentido de lo natural, etc. Ubicado en este nivel de análisis, Althusser indica:

Como todas las evidencias, incluso aquellas por las cuales una palabra “designa una cosa” o “posee una significación” (incluyendo por lo tanto las evidencias de la transparencia del lenguaje) esta evidencia de que ustedes y yo somos sujetos -y el que esto no constituya un problema- es un efecto ideológico, el efecto ideológico elemental. (Althusser 1988: 53).²

Esta observación, que señala la necesidad de pensar la intervención del lenguaje en el mecanismo de la interpelación mediante el que se establecen y se conservan las asimetrías y diferencias entre los agentes en el sistema de producción, en la reproducción de las relaciones de producción, fue el punto de partida de los desarrollos de uno de los discípulos de Althusser, Michel Pêcheux, quien llevó a su expresión lógica las observaciones seminales de las que nos venimos ocupando, proponiendo un nuevo concepto, el de “proceso discursivo”, que según la pretensión de Pêcheux constituye el nuevo

2 Pêcheux cita dos veces este texto, ver 1975: 30 y 137.

objeto (ver 1975: 269) de una ciencia a desarrollar: la teoría del discurso (ver 1975: 31).

Paul Henry, un temprano colaborador de Pêcheux, ha realizado importantes aclaraciones a propósito de la coyuntura teórica en la que surgió la reflexión sobre el discurso. Henry indica que en la cita sobre el “efecto ideológico elemental” que reproducimos arriba: “Althusser estableció un paralelo sin definir una conexión” (Henry, 2010: 36). Ahora bien, profundizar en este paralelo y hurgar la naturaleza de esta conexión supone enfrentar la concepción del lenguaje como instrumento de comunicación de significaciones que existirían previa e independientemente. Esta concepción del lenguaje y los supuestos que de ella se desprenden constituye un poderoso obstáculo epistemológico para el desarrollo de una teoría de la interpelación ideológica. Uno de los puntos más difíciles de esta concepción es, indudablemente, su compromiso con la noción de un sujeto como origen y fuente de las significaciones. Es que, evidentemente, la intervención del lenguaje en la interpelación ideológica, “no ocurre de modo explícito, a través de una orden como “Colóquese allí, éste es su lugar en el sistema de producción”, es decir, por medio de una suerte de “comunicación”, eventualmente acompañada por alguna forma de coerción física o amenaza” (Henry 2010: 25).

El cruce del materialismo histórico, en particular su teoría de las condiciones ideológicas de la reproducción de las relaciones de producción, con las reflexiones sobre el lenguaje realizadas en el terreno de la lingüística o la filosofía, supone plantear una pregunta que se revela como un punto ciego de los diferentes abordajes realizados desde estas disciplinas. En efecto, la cuestión planteada por el materialismo histórico requiere pensar la intervención del lenguaje en términos que son simultáneamente de *comunicación* y *no-comunicación*.³ Ello es lo que resulta inabordable desde las perspectivas tradicionales.

Pêcheux va a mostrar este punto de dos maneras. Por un lado, a través de una reflexión en el campo de la semántica realizada por el

3 Esta observación remite al proceso de la diferenciación discursiva de la unidad de la lengua, es decir al proceso de uniformización de la lengua a nivel del estado nación por la burguesía, como resultado de las necesidades del proceso de producción económica, sometido a una división en los funcionamientos discursivos. De este proceso de comunicación y no comunicación cabe mencionar: -en la producción material, coexistencia de comunicación lógica, en la esfera de la producción (tareas) y no-comunicación, en la retórica de la orden en la organización del proceso de producción; en la forma jurídica de las relaciones de producción, la simultánea desambiguación de los contratos y mantenimiento del equívoco fundamental del contrato de trabajo (lógica – retórica); en la ideología: la dependencia se realiza bajo la forma de la autonomía (ver Pêcheux 1975: 23-24).

filósofo marxista polaco Adam Schaff,⁴ en quien encuentra, a pesar de su declarado materialismo, una concepción en el fondo idealista, es decir, subordinada a un conjunto de evidencias que son las del idealismo. Por otra parte, Pêcheux va a mostrar cómo la cuestión planteada desde el materialismo histórico puede intervenir en el seno de las corrientes dominantes en el campo de la lingüística, las que de por sí manifiestan tensiones y contradicciones entre sí, para hacer estallar sus contradicciones, poniendo así de manifiesto el círculo de evidencias en el que se mueven, aportando al desarrollo de una nueva problemática, la del discurso, que porque está más allá de dichas evidencias, permite comprender el proceso que las instituye.

Intentaremos mostrar, entonces, que la pregunta por la intervención del lenguaje en los procesos ideológicos coloca a la cuestión de la relación entre el sujeto y la estructura en una coordenada nueva. En efecto, en otras propuestas surgidas en el marco del estructuralismo, la estructura hacía emerger a la subjetividad como un modo de completarse. En el caso de Saussure puede verse emerger cierta noción de inconsciente, en la medida en que la unión de significado y significante hace que el signo funcione, para el hablante, como una presencia subsistente de suyo.⁵ Se trata aquí de que la relación entre la parte y el sistema queda oculta, precisamente, por la presión que ejerce el sistema para mantener unidos significado y significante. Por otro lado, en el caso de Lévi-Strauss y Benveniste, subjetividad y estructura parecen requerirse mutuamente para poder constituirse (ver Lévi-Strauss 1979 y Benveniste 2010). Con Lacan asistimos a la aparición de un cambio importante, la relación entre estructura y sujeto parecía requerir de la mediación de un elemento heterogéneo, la cadena significativa, la cual, con sus *combinaciones efectivas*, produce los efectos de sentido y el efecto sujeto. Es decir que, para Lacan, sentido y sujeto están en relación con la lengua, con la estructura, pero no en una relación directa, sino en una relación mediada por el acaecimiento de la cadena significativa, por su articulación concreta y los efectos que de la misma se derivan. Un esquema análogo sigue Michel Pêcheux al proponer los conceptos de discurso y proceso discursivo. Lo novedoso

4 Pêcheux se refiere al texto del filósofo polaco *Introducción a la Semántica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1966.

5 Concordamos con Derrida, quien señala que además de los motivos críticos que exhibe, el saussurianismo arrastra otros tradicionales, metafísicos: “deja abierta en principio la posibilidad de pensar un concepto significado en sí mismo, en su presencia simple al pensamiento en su independencia en relación a la lengua, es decir, al sistema de los significantes” Derrida 2007: 29-30).

de estos conceptos es que permiten pensar una necesidad constituida históricamente --en contraste con la oposición necesidad-sincronía, arbitrariedad-diacronía-- en el marco de la cual se propone pensar la constitución del sujeto.⁶

Comencemos por las evidencias de la semántica que Pêcheux recoge del análisis de la obra de Adam Schaff. Las mismas son:

- hay cosas (objetos procesos) y personas con intención de comunicar
- hay objetos que se hacen signos, es decir, remiten a otros objetos, debido al proceso social de la semiosis
- hay ciencias humanas, con algo que decir sobre el lenguaje
- hay una oposición entre emocional y cognitivo (que refleja la oposición entre retórica y lógica)
- pensamiento y conocimiento tienen un carácter subjetivo (ver Pêcheux 1975: 15-16)⁷

El caso de Schaff no reviste interés por sí mismo, sino como un ejemplo de cómo, incluso en el terreno del marxismo, estas evidencias llegan a ser dominantes. Al respecto Pêcheux sostiene que la semántica constituye el punto en el cual la lingüística, en general sin reconocerlo, se vincula con la filosofía. Según mostraremos, esto significa que las evidencias mencionadas, en la medida en que señalan una dirección de investigación, constituyen un obstáculo. La tarea es hacer ver que la dirección de investigación que señalan es circular, lo que no puede apreciarse de una primera mirada, ya que la misma sería interior al conjunto de evidencias que constituyen dicha problemática. Para ello hace falta una ruptura con la evidencia inmediata de “las verdades de la semántica”, que permita apreciar, retrospectivamente, la función que las mismas desempeñan.

Pêcheux persigue este punto también de otro modo, trazando un esquema de las distintas tendencias en lingüística, entre las que distingue una tendencia formalista, una historicista, y una lingüística

6 Véanse al respecto las fórmulas que Pêcheux avanza hacia el fin del libro: “el sentido existe bajo la forma de invariantes parafrásticas históricas, es decir, de invariantes variables históricamente” (Pêcheux 1975: 268) lo que supone confrontar una concepción puramente sintáctica con una concepción histórico-discursiva de la paráfrasis, que indica “la inscripción necesaria de la paráfrasis en una formación discursiva históricamente dada” (Pêcheux 1975: 268).

7 Más adelante Pêcheux indica que “las evidencias de la antropología filosófica: ‘Hay sujetos y objetos, los sujetos conocen los objetos extrayendo sus propiedades por abstracción y asocian al resultado de esa generalización palabras con un sentido, los sujetos, siendo múltiples y teniendo cosas para decirse, se comunican esas cosas por medio de las palabras, etc.’, son una con la filosofía espontánea de la semántica.” (1975: 226).

del habla, ligada al estudio de los mecanismos de enunciación. Las diferentes tendencias se encuentran organizadas bajo la dominación de la tendencia formalista. El vínculo entre las distintas tendencias presenta una serie de aspectos problemáticos y tensiones, cuyo epicentro, como veremos, tiene que ver con la cuestión del sentido. Las tensiones de la ciencia lingüística remiten al hecho de que la lengua es objeto de conocimiento científico en la medida en que no es histórica, lo que determina tensiones y anomalías en el momento de pensar la relación entre lengua y habla, entre competencia y *performance*, entre génesis y estructura, etc. Por esta vía, indica Pêcheux, la reflexión lingüística queda presa de una contradicción entre “el *sistema lingüístico* (la “*langue*”) y las *determinaciones no sistemáticas que, al margen del sistema, se oponen a él e intervienen sobre el mismo.*” (1975: 19)

En esta coyuntura la semántica ofrece un caso testigo con el problema de la determinación, donde la pertinencia de clasificar una proposición como “El hombre que es racional es libre” (ver Pêcheux 1975: 25 y 105) como una proposición determinativa (lo que indicaría que sólo los hombres que son racionales, como atributo accidental, son libres, dejando sin prejuzgar la cuestión de si los hombres en cuanto tales son o no racionales) o bien una proposición explicativa (lo que indicaría que los hombres en general, siendo racionales, como atributo esencial, son por ello libres) es un problema arrastrado por la reflexión lingüística y filosófica sin atinar a encontrar una vía de resolución. La imposibilidad de delimitar medios gramaticales o sintácticos que decidan la cuestión parece remitir al sujeto del habla, a quien habría que preguntarle por su intención significativa en el momento de emitir esta oración (ver al respecto el comentario de Macherey 2006-2007).

La contradicción entre sistema y determinaciones no sistemáticas toma, entonces, en las distintas versiones de la semántica, la forma de la remisión circular (ideológica) entre sujeto hablante y sistema. No en vano la lingüística se divide en dos planos, el de los enunciados científicos y el de la conversación o lenguaje cotidiano, entre los cuales se abriría un *continuum* que permitiría un tránsito desde las *situaciones* a las *propiedades*, o bien desde lo *sensible* a lo *inteligible*, con lo que las teorías lingüísticas dejan ver su compromiso con la teoría del conocimiento clásica, cuyo círculo replican (ver 1975: 58 y 31n.).

En efecto, ello muestra que la “filosofía espontánea” de los lingüistas debe buscarse en préstamos tomados de la “teoría del conocimiento”, sobre la cual Althusser ha hecho observaciones muy valiosas. Por un lado, que se trata de una problemática ideológica, es decir, que posee un efecto de conocimiento derivado del reconocimiento especular de un conjunto de evidencias que se presentan una y otra vez transfiguradas, remitiendo sin embargo a un núcleo invariante. En el caso de la teoría del conocimiento, hay que decir que dicho núcleo invariante es la identidad postulada entre el objeto de conocimiento y el objeto real, lo que obliga a la teoría del conocimiento a hacer malabares, proponiendo el carácter lógico del objeto real (lo que no es otra cosa que construir el objeto real como objeto de pensamiento) o bien someter la concepción del objeto real a diversas contradicciones, como la de ser real (esencia plenamente real) y no real (accidente, prescindible) a un mismo tiempo. Sin embargo la noción althusseriana de problemática ideológica no es sólo eso, una descripción del carácter circular de ciertas formas de discurso, sino también una indicación de que la problemática ideológica, siendo problemas, es también respuesta. Esto quiere decir que la problemática ideológica produce bloqueos en el interior de diversas prácticas. En el caso de la teoría del conocimiento, al pensar la relación de conocimiento como un tránsito desde el sujeto individual al sujeto universal (ver Pêcheux 1975: 115 y 197) permite la simulación de los conocimientos científicos por la ideología, simulación que genera un cinturón protector que recubre la suspensión de la forma sujeto en los conocimientos científicos, contrarrestando los efectos que la misma acarrea. Si fuera por la teoría del conocimiento, la forma sujeto del discurso poseería una validez universal, bien que dividida en en dos modalidades, la del sujeto individual concreto y la del sujeto universal o sujeto de la ciencia, contenido *in nuce* en el primero.

Retomemos el análisis del problema de la “determinación”, es decir, de la distinción entre las formas explicativas y determinativas de la proposición relativa. Sea por ejemplo la frase: “Los hombres que huyen son cobardes”. La interpretación de esta frase ofrece problemas en distintos niveles: a) en relación a la relación entre la extensión y la comprensión de la expresión “hombre que huye”; b) en relación a las propiedades esenciales y propiedades accidentales y c) sobre el vínculo entre “huir” y ser cobarde. (Pêcheux 1975: 62-63).⁸

8 Distintas filosofías han abordado este tipo de problemas, y las implicaciones que el mismo proyecta

¿Por qué se presentan estas dificultades? Pêcheux avanza un agudo diagnóstico al respecto, indicando que ello se debe a que “Las distintas operaciones que reposan sobre la relación entre extensión y comprensión [que normalmente zanzan la cuestión] pierden su sentido y validez cuando se las intenta aplicar fuera del dominio de las disciplinas científicas existentes en un momento histórico dado” (Pêcheux 1975: 63)⁹. Fuera de las disciplinas científicas constituidas, los criterios de aplicación no están definidos con precisión (ya veremos por qué), pero la semántica no toma nota de ello y pretende obtener un orden de predicados y objetos fijos y unívocos que subyacerían a cualquier enunciado, los que permitirían dirimir la cuestión planteada (¿explicativa o determinativa?). Esta solución no es más que “una satisfacción imaginaria realizada bajo el modo del ‘como si’” (1975: 63), bien que desconociendo que se la realiza bajo esta modalidad.

Según Pêcheux, es el desconocimiento de la distinción entre ciencia y no ciencia lo que ha llevado a la semántica a desarrollarse como una teoría universal de las ideas, bajo la forma de un dominio de posibilidades, postuladas como previas al conocimiento científico, lo que permitiría solucionar problemas como el planteado. Así surgen posiciones diversas como la perspectiva semántica realizada en sintonía con una concepción realista metafísica (ver 1975: 64), de la que resulta una teoría universal de las ideas (o de los objetos), o bien una solución de naturaleza empirista, concebida bajo la forma de “un procedimiento administrativo aplicable al universo entero, pensado como conjunto de hechos, objetos, eventos o actos.” (Pêcheux 1975: 68).

Tenemos, entonces, planteado un problema, vinculado a la interpretación de ciertas formas verbales, y una solución al mismo, cuestionada por su carácter anticipatorio y circular, especular en suma, una solución fallida a la que comenzamos a descubrirle una función, la de su repetición en torno a un núcleo invariante que implica la reposición --el bloqueo del cuestionamiento-- de la forma-sujeto. ¿Cómo intervenir en esta coyuntura? La salida es clara, en un sentido al menos. La pregunta debe plantearse por fuera del terreno que hemos llegado a designar como un obstáculo: la forma sujeto. En

sobre la naturaleza del “conocimiento del lenguaje”. Con diferentes orientaciones, se trata de un problema central en la obra de Gadamer, de Wittgenstein y de Polanyi.

9 Esta distinción entre los conceptos ordinarios, que son yuxtapuestos, y los conceptos científicos, que definen con precisión las condiciones de aparición de los fenómenos, puede rastrearse hasta Bachelard, (ver Bachelard 2010).

efecto, el obstáculo que impide plantear la cuestión en términos de los efectos de comunicación y de no comunicación de las prácticas lingüísticas, así como su intervención en la distribución desigual de la relación imaginaria de los individuos constituidos como sujetos en la interpelación ideológica, es designado con toda claridad por Pêcheux al indicar que: “no se trata aquí de evocar “el rol del lenguaje”, ni aún “el poder de las palabras [mots]”, dejando en suspenso la cuestión de saber si se trata del *signo, que designa algo para alguien*, como lo dice Lacan, o bien se trata del *significante*, es decir, de *lo que representa al sujeto para otro significante* (Jacques Lacan nuevamente)” (Pêcheux 1975: 141). Se trata de pensar los determinantes de la forma sujeto, para desarrollar una teoría no subjetivista de la subjetividad; pero, si la forma sujeto es una esfera cerrada de evidencias, como lo indicaba Althusser (la ideología no tiene afuera para sí misma), ¿cómo es ello posible?

Pêcheux encuentra la clave para pensar esta dificultad, en la crítica de Lenin al empiriocriticismo (ver Lenin 1956) y en la reseña crítica de Frege a la *Philosophie der Arithmetik I* de Husserl (ver Frege 1998). En dichas críticas vemos emerger lo que, en opinión de Pêcheux, es el núcleo de una posición materialista en filosofía: insistir en la necesidad de distinguir entre concepto y representación, en contra de la confusión de ambos términos en la posición idealista. Esta distinción implica pensar, simultáneamente, el proceso del conocimiento objetivo (la producción de conceptos) como un “proceso sin sujeto”, por un lado, y pensar el proceso representacional nocional (subjetivo en el sentido del idealismo, imaginario en la terminología althussero-lacaniano-peucheuxiana), como un efecto determinado por el proceso del pensamiento conceptual, determinado a su vez por el proceso de la necesidad real (proceso sin sujeto).¹⁰ La determinación aquí aludida no implica la reducción de un orden a otro, de manera que se reconocería un sólo tipo de eficacia, sino concebir a estos dos órdenes, no como dominios

10 “Lo subjetivo toma la apariencia de lo objetivo”, en la terminología usada hasta aquí, lo subjetivo simula a lo objetivo; la representación funciona como si fuese un concepto y simultáneamente, el concepto es reducido a estado de representación. Lo importante es comprender aquí que esa simulación es, ella misma, enteramente determinada por la necesidad ciega de la que habla Engels: los dos funcionamientos, el de la noción (efecto necesario de lo real en lo imaginario, imagen que se impone necesariamente), y el del concepto (efecto necesario de lo real en lo que Frege llama el “pensamiento”) son, ambos, los efectos de la misma necesidad, distribuidos según las condiciones históricas en las que ellos se realizan (el estado histórico, es decir, la naturaleza de las relaciones de clases con los intereses que ahí se encuentran en juego, y el estado de desarrollo de esta o aquella disciplina científica)” (Pêcheux 1975: 72-3).

separados en términos metafísicos, separados por una “muralla china”, sino como procesos distintos, dotados de una eficacia propia, aunque limitada y condicionada. Se trata, en el caso que nos ocupa, de poder pensar un “materialismo de lo imaginario” sin sucumbir a las evidencias con las que éste está tramado.

Las tesis materialistas a las que acabamos de aludir dan el programa de la teoría del discurso. Así es que Pêcheux sostiene: “...munidos de las tesis materialistas que acabamos de enunciar, caminaremos desde la *evidencia (lógico-lingüística) del sujeto* - inherente a la filosofía del lenguaje en cuanto filosofía espontánea de la lingüística- hasta lo que permite pensar la “forma sujeto” (y específicamente el “sujeto de discurso”) como un efecto determinado del proceso sin sujeto.” (Pêcheux 1975: 74). En otros términos, se trata de desarrollar una teoría no subjetivista de lo subjetivo.

La distinción entre el orden del concepto y el orden de la representación implica reconocer un dominio de pensamiento que no es mi pensamiento personal, dominio al cual el pensamiento personal, identificado por ser esencialmente *mi pensamiento*¹¹ (el proceso nocional ideológico o imaginario representacional, el terreno de las evidencias ideológicas) se encuentra subordinado. Se trata, entonces, de reconocer la existencia de dos dominios de pensamiento distintos, cuya relación busca clarificar y establecer la tesis materialista. En este empeño materialista, las nociones instaladas en el dominio de la lingüística y la lógica constituyen un obstáculo para poder desarrollar una reflexión semántica que se encuentre liberada del círculo sistema /sujeto hablante.¹²

El punto clave de una tesis materialista es, a nuestro entender, argumentar a favor de dicha tesis filosófica, no directamente, porque ello supondría partir de las evidencias (mediadas) que se presentan

11 “Al decir que el sujeto no es el portador del objeto de su pensamiento, Frege designa, sin nombrarlo, al “proceso sin sujeto”, insoportable para toda filosofía idealista, de Avenarius a Sartre. Lenin cita, para criticarla, esta frase de Avenarius: “Podemos, naturalmente, representarnos un lugar donde el hombre no haya puesto nunca un pie, pero, para que uno pueda *pensar* (énfasis de Avenarius) es necesario que haya lo que designamos por Yo [Ich Bezeichnetes], un Yo *al cual* (énfasis de Avenarius) pertenece ese pensamiento.” (Pêcheux 1975: 72).

12 El propio Pêcheux presenta esta mirada panorámica sobre el proceso analizado: “Un inmenso trayecto, desde la filosofía de Aristóteles hasta la disciplina científica que lleva el nombre de Semántica (pasando por los escritos de Port Royal y por la fenomenología), a lo largo del cual se entrecruzan constantemente el filo de la analítica (las reglas de razonamiento demostrativo que permiten acceder al conocimiento) y de la retórica (el arte que permite convencer por la utilización de lo verosímil); un trabajo que, en su propio desarrollo parece condenado a volver eternamente sobre sus propios pasos... ¿Qué estará determinando esa extraña circularidad que se efectúa bajo las apariencias del desarrollo? La cuestión ha sido planteada, como se dice. Tenemos que responderla” Pêcheux (1975: 58-9).

como inmediatas, las del pensamiento “esencialmente personal”, lo que nos llevaría a una asociación entre materialismo y realismo metafísico, en la que el materialismo no tiene mucho que ganar. Por el contrario, una tesis materialista procede demostrando que la forma sujeto, en la que el idealismo encuentra la evidencia con la que arranca y con la que acaba, no puede concebirse más que como *efecto* y en ningún caso como punto de partida. Pêcheux es elocuente al respecto de lo que implican idealismo y realismo metafísico: “...lo propio de estas dos pseudo-soluciones (...) es buscar resolver el problema *allí donde su solución es radicalmente imposible*, o sea, tomando como punto de partida aquello que llamamos “forma-sujeto”, la cual, como creemos haber mostrado es de hecho un efecto, un resultado, es decir, *cualquier cosa menos un punto de partida*” (1975: 165).

El materialismo de Frege

Designar una tarea, pensar a la forma-sujeto como efecto, no equivale a realizarla. Veremos que ello no es fácil, ni inmediato, sino que requiere de un importante rodeo. Por ello ahora debemos detenernos a considerar el caso de Frege, ya que las limitaciones del materialismo fregeano, su “punto ciego”, designan a pesar suyo el lugar por el cual una forma de determinación del pensamiento, diferente al de la forma-sujeto, puede comenzar a ser conocida. En sus análisis, Frege se tropieza con dos fenómenos anómalos. El primero tiene que ver con la presuposición de existencia que implican ciertas construcciones gramaticales. Así, un enunciado como “Aquel que descubrió la órbita elíptica de los planetas murió en la miseria” (=“Kepler murió en la miseria”) implica, de un modo extraño, la existencia de su denotación, pero no como una afirmación, ya que su contradictoria es “Kepler no murió en la miseria” y no “Kepler no murió en la miseria o Kepler no existió”. Se trata de un extraño efecto que Frege relega al ámbito de las lenguas naturales, como una imperfección de las mismas, aunque reconoce que este efecto no está ausente en el formalismo matemático, aunque considere que en principio debe poder eliminarse del mismo (ver Pêcheux 1975: 86). La presuposición queda relegada, para Frege, al estatus de una mera adición psicológica, “un fastidioso hábito” de acuerdo a Frege, propio de los hablantes de las lenguas naturales.

Por otra parte, Frege repara en otra anomalía, vinculada con la oscilación entre determinativa y explicativa que ya consideramos, de acuerdo a la cual “de la conexión entre las proposiciones se desprende que expresen más de lo que expresarían por sí solas” (Frege, citado en Pêcheux 1975: 102). Una proposición como “El que descubrió la órbita elíptica de los planetas, murió en la miseria”, a primera vista determinativa, puede transformarse en explicativa, en una cosmovisión religiosa, donde se admita una conexión entre “violiar los secretos de los astros” y “recibir un castigo por ello” representado en este caso por “morir en la miseria”. Una vez más, Frege no indaga si estos fenómenos no son, en realidad, efectos lingüísticos sistemáticos. En cambio, los considera efectos de asociaciones psicológicas extralógicas, es decir extra-lingüísticas, interferencias no sistemáticas, y abraza, por medios lógicos, una concepción de la saturación del pensamiento como composición de lugares vacíos (es decir no saturados) por medio de una teoría de la cuantificación.

De este modo, el trabajo fregeano designa, sin poder pensarlos, los lugares claves que van a permitir a Pêcheux desarrollar una teoría del discurso, dándole la oportunidad de introducir las nociones centrales de “preconstruido” (correspondiente al mecanismo discursivo que produce el efecto registrado por la presuposición fregeana) y de “articulación” o “efecto de sostén” (correspondiente a la asociación de Frege). Volveremos sobre este punto. En ello cabe reconocer una opción de parte de Pêcheux, de la que él mismo nos explica su lógica: “la tendencia idealista quiere fijar la excepción en un objeto e inscribir su sentido en un Sujeto, de manera tal que confirma la regla al fundarla; la tendencia materialista, por el contrario, parte de la excepción como síntoma de una regla desconocida, desarticulada del terreno de las evidencias en las que nace esa excepción” (Pêcheux 1975: 252). Así, la astronomía mostró que “todo” se sustentaba sobre la tierra, excepto el cielo (y la propia tierra) y, en virtud del “sinsentido” de que la Tierra estuviera en el cielo, inauguró una regla que inscribe a la tierra como cuerpo celeste. Esta regla era informulable en el pensamiento pre-copernicano. Marx, por su parte, formuló las leyes del modo de producción capitalista a partir de la mercancía *excepcional* que resulta ser la fuerza de trabajo, en el espacio sometido a la regla “universal” del valor. Pêcheux hace algo semejante respecto a Frege: lo que en el espacio de una comprensión logicista aparece como una excepción o un caso marginal –el hecho de que las expresiones modifiquen su

sentido debido a su conexión con otras expresiones-- se convierte en la regla que abre las leyes del funcionamiento del discurso.

Intentemos entonces “hacernos los bobos”, como sugiere el proverbio chino, y miremos más bien el dedo que apunta que a la dirección apuntada, es decir, examinemos el procedimiento por medio del cual Pêcheux intenta convertir la excepción en regla. La primera observación que nos interesa recuperar procede del comentario de las dificultades encontradas por Frege. En efecto, los tropiezos de Frege al analizar, por medios lógicos exclusivamente, una proposición como “El hombre que es racional es libre” y otras por el estilo (“El caballo es cuadrúpedo” “El turco asoló Viena”, etc.) le dan a Pêcheux la ocasión para indicar: “hay algo fundamental que se juega antes de todo este análisis”, eso que se juega es “la *identificación* por la cual todo sujeto se reconoce como hombre y también como obrero, empleado, funcionario, jefe, etc. (...) y cómo se organiza su relación con lo que lo representa” (1975: 106)

La conexión entre evidencia e identificación se prolonga poco después con algunas observaciones reveladoras. La ceguera de Frege se concentra en “el equívoco que impide ver la función constitutiva y no derivada, inferida o construida de la metáfora (y de la metonimia = Francia / el rey de Francia / los franceses) y correlativamente a ignorar la eficacia material de lo imaginario” (1975: 107). En consecuencia, Pêcheux va a proceder a investigar aquello que Frege no investiga, debido a la mencionada ceguera, es decir los mecanismos sistemáticos que producen los efectos que Frege registra, sin llegar a comprenderlos.

En primer lugar Pêcheux presenta, siguiendo a Paul Henry, el efecto de lo *preconstruido*, pensado como un efecto ligado a la relativa determinativa, que es su condición formal y que posee su condición material en los dos dominios de pensamiento que mencionamos (de allí que quepa hablar de una eficacia material de lo imaginario), dominios que tienen un funcionamiento divergente, como queda expuesto a plena luz en algunos casos. De la relativa determinativa Frege sostenía que no constituye un pensamiento completo que pudiera expresarse en una proposición independiente. Del nombre propio, nombre de un objeto, Frege sostiene que “no puede en absoluto ser empujado como predicado gramatical”. Es decir, el nombre propio parece implicar un objeto que es su referente, por lo que cabría decir que su referente está más allá de la contingencia de la predicación, que puede ser correcta o no, y que por

ello el objeto que un nombre designa existe necesariamente. En consecuencia, Frege insiste en que en un lenguaje formal perfecto, la ilusión de la presuposición no tendría lugar, porque en tal lenguaje sólo habría un nombre para cada objeto. O lo que es lo mismo, la ilusión del referente no tendría fallos y una expresión nominal daría siempre con su objeto. En cambio Pêcheux intenta exponer que la acción eficaz del discurso que produce una ilusión (un efecto de sentido) no es un caso marginal, sino la regla. El efecto de lo preconstruido produce la ilusión que yo, que antecede a mi discurso en mi unicidad –a la que designo con un nombre propio–, me enfrente a un mundo de objetos, que también anteceden a mi discurso y que pueden ser nombrados (ver 1975: 91).

A este efecto general de lo preconstruido lo denomina Pêcheux el efecto de la “garantía empírica”, a la que propone pensar como una consecuencia de procedimientos metafóricos. Así, el nombre propio remite a las paráfrasis con las que es equivalente.¹³ Pero la reflexión semántica y lingüística revela la tendencia a encontrar un fundamento para estas equivalencias, a las que no les permite presentarse como básicas (recordemos lo que dijimos sobre el carácter derivado de la metáfora). El fundamento es hallado en una escena en la que ocurrirían simultáneamente la identificación del objeto de modo perceptivo e intelectual y la (auto) identificación del sujeto. Lo que viene a resultar es que las equivalencias mencionadas se fundarían sobre una doble tautología : “veo lo que veo /se sabe lo que se sabe” y sobre la evidencia de que “soy el único que puede decir yo al hablar de mí mismo”, de la que hay que decir que es el fundamento, meramente aparente, de la identificación. Cabe entonces indicar que esta fundamentación circular no deja de ser eficaz, ocultando para el hablante la anterioridad del pensamiento (discurso), por ejemplo, presentando esta evidencia como primera y ocultando las distintas instituciones que administran los nombres de los sujetos. Esto que la fundamentación circular, en tanto conjunto de evidencias, oculta para el hablante, irrumpe ocasionalmente en su discurso, bajo la forma de una divergencia entre aquello que es construido en el discurso como discurso de un sujeto y aquello que está *fuera, antes y de manera independiente* a este discurso. Técnicamente, el término preconstruido remite a “una construcción

13 “Esta designación por el nombre propio implica correlativamente la posibilidad de designar “la misma cosa” por una perífrasis, como “aquel que ha descubierto...” “la ciudad capital de Alemania”, “el segundo de los planetas que giran en torno al sol” etc.” (Pêcheux 1975: 90).

anterior, exterior, en todo caso independiente, por oposición a lo que es “construido” por el enunciado” (1975: 89).

Ligado al fenómeno de la asociación reconocido por Frege, Pêcheux encuentra también un efecto lingüístico sistemático, al que denomina “efecto de sostén” o “articulación”, que está ligado a la relativa explicativa. Un poco más arriba consideramos cómo la proposición, “Aquel que descubrió la órbita de los planetas murió en la miseria” podía interpretarse como explicativa en el marco de una cosmovisión religiosa, en la que la misma evoque la idea de que violar los secretos de los astros es una ofensa que produce un castigo, y que morir en la miseria es el castigo correspondiente a la misma. En el mecanismo discursivo denominado “efecto de sostén”, el pensamiento evocado lateralmente opera como soporte del pensamiento contenido en una proposición por medio de la implicación de dos propiedades. El efecto de sostén articula, entonces, a las distintas proposiciones en el discurso de un sujeto. A diferencia del efecto de lo preconstruido, que proporciona el objeto como externo al pensamiento (como una existencia), la articulación puede ser caracterizada como el “retorno del saber en el pensamiento”, aquello que dice qué pensar de un término o propiedad.

Podemos ahora extraer algunas consecuencias interesantes de estas observaciones, ya que tanto lo preconstruido como el efecto de sostén son mecanismos productores de sentido. Lo interesante es que, en uno y otro caso, se trata de mecanismos en los que el sentido se produce en virtud de la asociación de una expresión con otra. Eso es lo que exhiben algunas bromas y juegos de palabras. Ya vimos el caso de la relativa explicativa, cuya interpretación puede variar según los pensamientos que se asocien. Por ejemplo “Este es el lugar donde el duque de Wellington no pronunció sus famosas palabras”¹⁴ hace chocar las dos modalidades de identificación, exhibiendo a plena luz un cortocircuito entre la identificación perceptiva (Este lugar que veo,/señalo/del que hablo, etc.) y la inteligible (“Este lugar del que hablo /se me ha dicho/ se sabe que...”), como consecuencia de la colisión, la referencia garantizada por “este lugar” parece esfumarse.

La teoría del discurso

¹⁴ Modificamos el ejemplo de Freud, citado por Pêcheux (1975: 88).

Indicábamos antes que la operación de la teoría del discurso busca hacer aparecer como regla aquello que en Frege se presentaba como excepción. Podemos ahora enunciar la regla resultante de este proceso, para proceder luego a realizar algunas especificaciones. La regla resultante es la siguiente: “el sentido existe bajo la forma de invariantes parafrásticas, es decir, invariantes variables históricamente” (1975: 268) o bien: “lo no afirmado precede y domina la aserción” (1975: 270). Esta regla es la matriz generadora de los principales conceptos de la teoría del discurso de Michel Pêcheux.

En primer lugar la noción de “formación discursiva”, que es lo que “en una formación ideológica dada, es decir a partir de una posición dada en una coyuntura dada determinada por el estado de la lucha de clases, determina *“lo que puede y debe decirse* (articulado bajo la forma de una arenga, de un sermón, de un panfleto, de un programa, etc.)” (1975: 144-145). Antes hablamos de la identificación como el proceso subyacente a la evidencia de la interpretación; la noción de formación discursiva nos da ahora la posibilidad de precisar esta idea, indicando que “una misma expresión y una misma proposición pueden recibir sentidos distintos –todos igualmente evidentes-- según si ellos son referidos a tal o cual formación discursiva”, siendo estas evidencias índices de las identificaciones de los sujetos.¹⁵ Así, una misma expresión puede tener distintos sentidos, todos ellos evidentes, según se la refiera a una u otra formación discursiva, y expresiones distintas pueden tener, en el interior de una formación discursiva, el mismo sentido, lo que a fin de cuentas “es la condición para que cada elemento (palabra, expresión o proposición) sean dotados de sentido.” (1975: 146). Vemos entonces que la primera constatación, de acuerdo a la cual una expresión puede variar su sentido según se la vincule con una u otra formación discursiva, depende, a fin de cuentas, de la segunda, las mismas expresiones tienen distintos sentidos, todos ellos evidentes en distintas formaciones discursivas, a condición de tener también el mismo sentido con expresiones literalmente distintas dentro de las formaciones discursivas a las que la remite la posición de sujeto de hablante. Pêcheux resume admirablemente estas consideraciones: “lo que hemos llamado “dominios de pensamiento” (ver 89 y 112) se constituyen socio-históricamente bajo la forma de puntos de

15 Véase también: “las palabras, expresiones, proposiciones, etc., cambian de sentido según las posiciones sostenidas por quienes las emplean, lo que significa que ellas toman sus sentidos en referencia a esas posiciones, es decir a las formaciones ideológicas en las que las posiciones se inscriben” Pêcheux 1975: 144.

estabilización que producen al sujeto junto con aquello que le es dado ver, comprender, hacer, temer, esperar, etc.” (1975: 146).

Ahora bien, este “exterior constitutivo” está siempre disimulado en la evidencia del sentido, de modo que la dependencia del sentido en relación a las formaciones discursivas, las relaciones desiguales, contradictorias y de subordinación entre ellas y la dependencia de las formaciones discursivas en relación a las formaciones ideológicas, quedan siempre oscurecidas. En este punto Pêcheux hace intervenir una noción clave, la de “interdiscurso”, que designa “el todo complejo con dominante de las formaciones discursivas, indicando que el mismo está sometido a la “ley de desigualdad-contradicción-subordinación” (Pêcheux 1975: 146) que también caracteriza a las formaciones ideológicas. El interdiscurso determina materialmente el efecto de lo preconstruido y el efecto de la articulación. El interdiscurso, como complejo con dominante de las formaciones discursivas, puede pensarse, entonces, como la unificación contradictoria de los distintos tipos de garantía que producen las distintas formaciones discursivas.¹⁶

Hemos estado dando vueltas en torno al vínculo entre evidencia, identificación y formación discursiva. Intentaremos mostrar ahora que este vínculo debe elucidarse por referencia a los dos mecanismos descritos, el de lo preconstruido y el de la articulación. Estos dos mecanismos ponen en relación los dos “dominios de pensamiento” que distinguimos al caracterizar la tesis materialista, de acuerdo a relación de divergencia (*décalage*) que pueden tomar la forma:

- 1) de la *anterioridad-exterioridad* (preconstruido) o aquella
- 2) del “retorno del saber en el pensamiento”, produciendo una evocación sobre la que se apoya la toma de posición del sujeto. (Pêcheux 1975: 112)

Pêcheux comenta, en relación a este punto, que estos dos mecanismos posibilitan desarrollar “un abordaje teórico materialista del *funcionamiento de las representaciones y del “pensamiento” en los procesos discursivos*” (1975: 112), en el que se constituye “lo pensable”, cuya constitución socio histórica permanece oculta por una concepción exclusivamente lingüístico-logicista de dichos

¹⁶ La explotación de las ciencias por distintas prácticas, analizada en Althusser 1985, es un ejemplo prominente de la acción del interdiscurso.

mecanismos. El vínculo entre la evocación producida por el retorno del saber en el pensamiento y la “toma de posición del sujeto” es harto impreciso en la cita que venimos de comentar, puesto que, como el propio Pêcheux reconoce, el examen de la relación entre el sujeto y lo que lo representa, precisa “de una teoría de la identificación y de la eficacia material de lo imaginario” (1975: 112).

Esta teoría va a ser provista en términos de los dos mecanismos discursivos fundamentales analizados y va a dar como resultado una elucidación de la estructura dual del sujeto ideológico. En primer lugar, el mecanismo de lo preconstruido permite pensar “el llamado a la existencia del sujeto” (1975: 138) o la constitución del sujeto a partir del no sujeto¹⁷ de manera tal que, por obra del efecto de lo preconstruido (“yo soy el único que puede decir yo hablando de mí”; “acá estoy = en el lugar en que digo acá”) el sujeto es constituido por la interpelación ideológica como siendo anterior a la misma, es producido como siendo la causa de sí mismo. La interpelación es entonces el contrasentido que reclama lo que ella misma provee, lo que se replica en la interpelación policial estatal, que reclama las pruebas de identidad que ella misma otorga.

Como resultado de los efectos de lo preconstruido en la interpelación ideológica, se produce en el sujeto una divergencia, entre “la extrañeza familiar del fuera de lugar, situado antes, en otra parte, independientemente, y el sujeto identificable, responsable, imputable por sus actos” (1975: 140). Esta divergencia corresponde a los dos dominios de pensamiento que, funcionando por contradicción,¹⁸ constituyen el rol motor del proceso signifiante en la interpelación-identificación (ver 1975: esp. 141, también 93 y 235).

Por otro lado podemos pensar la interpelación poniendo el foco en el otro mecanismo descrito, el de la articulación, que presenta a las evocaciones --que distinguen las cuestiones evidentes de suyo de aquellas otras “a saber”-- como procesos metonímicos. En la interpelación ideológica, “el efecto de determinación del discurso transversal¹⁹ sobre el sujeto induce necesariamente en aquel la

17 “En realidad, lo que designa la tesis “La ideología interpela los individuos como sujetos” es que el “no-sujeto” es interpelado-constituido en sujeto por la Ideología. Ahora la paradoja es la interpelación tiene por decirlo así, un efecto retroactivo que hace que todo individuo sea “siempre ya sujeto”” (1975: 139).

18 La contradicción a la que hace referencia aquí Pêcheux no necesariamente se manifiesta así en el dominio de la representación, donde la contradicción puede “ser sufrida en completa ignorancia por el sujeto” (1975: 140) que se somete entonces a la contradicción, o ser exhibida, por medio de la ironía por ejemplo.

19 La expresión *discurso transversal* designa las operaciones de sustitución que caracterizan a un proceso discursivo en un momento dado. La “articulación” o “efecto de sostén” proviene de “la linearización (o

relación del sujeto al Sujeto (universal) de la Ideología, que “se evoca”, así, en el discurso del sujeto (“cualquiera sabe qué..., es claro que...”) (Pêcheux 1975: 151). El mecanismo discursivo de la articulación es la materialidad que corresponde a la “interpelación de los sujetos por el Sujeto” en la ideología, que no remite a ninguna “trascendencia” (un Sujeto real), sino “al proceso natural y sociohistórico por el cual se constituye y reproduce el efecto sujeto como interior sin exterior, por medio de la determinación de lo real (“exterior”) y específicamente, agregamos, del interdiscurso como real (“exterior”)” (1975: 148). El platonismo, si se quiere, está en la práctica ideológica, de igual modo que el sujeto como causa, elementos de los que la teoría intenta dar cuenta como efectos, identificando el mecanismo que los produce.

Los mecanismos analizados, dan cuenta entonces de la doble forma de la garantía ideológica, bajo la modalidad de la garantía empírica y especulativa. El efecto de lo preconstruido remite por un lado a las evidencias del contexto situacional, es decir a “lo que cualquiera puede ver y entender” en una situación dada y por el otro a “lo que cualquiera sabe”, los contenidos del pensamiento del “Sujeto universal” que soporta la identificación, que aparecen aquí como anteriores e independientes de su articulación discursiva. Por su parte, la articulación se presenta como una operación del discurso sobre el discurso, ya sea de naturaleza intradiscursiva (“como hemos dicho”) o interdiscursiva, mediante el retorno de lo universal en el discurso del sujeto (“como cualquiera sabe”) o en la posición del sujeto (“como cualquiera puede ver/apreciar”). (ver 1975: 156).

De ello resulta cierta paradoja, ya que el sujeto es sujetado bajo una forma doble, como singular irremplazable en lo universal, según dice Althusser, pero de tal modo que la singularidad del sujeto contiene un tránsito garantizado hacia el universal. La identificación perceptiva de la cosa es, como vimos, simultáneamente identificación inteligible, y la correlativa autoidentificación del sujeto en esa situación (sólo yo puedo decir yo hablando de mí), es decir, la identificación perceptiva de la cosa implica la identificación con el

sintagmatización) del discurso transverso en el eje de lo que designamos con el nombre de intradiscurso, es decir, el funcionamiento del discurso por relación a sí mismo (lo que digo ahora, por relación a lo que he dicho antes y a lo que diré después, es decir, a los fenómenos de correferencia que aseguran lo que uno puede denominar “hilo del discurso” en tanto que discurso de un sujeto.)” (1975: 151). La diferencia entre discurso transverso y articulación parece ser la misma que media entre discurso sin sujeto e ideología, o entre pensamiento conceptual y representación. La articulación es el reflejo del proceso sin sujeto del pensamiento conceptual a nivel del discurso de un sujeto (ver 1975: 156).

otro por medio del Otro, esto es, con otros sujetos por medio del Sujeto. De otro modo, la definición de la situación como una “situación humana universal” (“lo que cualquiera puede ver y entender”), “garantiza” el paso de lo concreto a lo abstracto por medio de la identificación (de modo que “si yo estuviera allí donde tú/él/x se encuentra, vería y pensaría lo que tú/él/x piensa”).

En términos discursivos, la sujeción del sujeto como singular irremplazable en lo universal toma la forma de las polaridades entre el locutor o el sujeto de la enunciación, el sujeto que toma posición y responde por los enunciados realizados, y el sujeto llamado universal, alcanzado por la progresión desde la situación concreta del yo hasta la universal del nosotros, postulado como sujeto de la ciencia, de lo universal y la objetividad.

Ahora bien, como puede verse, este “sujeto de la ciencia”, al depender de las condiciones que el Sujeto universal establece en la interpelación ideológica en cada caso, no puede registrar sino lo que la ideología le da a ver. Ello llega a constituir lo que Pêcheux denomina el “*pons asinorum*” de una teoría materialista de la ideología. “¿cómo, por qué y desde qué punto de vista puede uno decir que la ideología “no es más que afuera”?” (1975: 164) siendo que simultáneamente se reconoce que la ideología no tiene afuera, para sí misma, y que todo punto de vista es ideológico.

La respuesta a esta cuestión no es sencilla. La retraducción inevitable de los descubrimientos científicos en términos del discurso de un sujeto, de lo que el tránsito del sujeto singular al sujeto universal es la forma general, constituye lo que el propio Pêcheux denomina “simulación de los conocimientos científicos por la ideología”. Pero esta simulación y constitución de un discurso ideológico en torno a una ciencia parece reconocer dos situaciones diferenciadas. Por una parte, la situación de las ciencias naturales cuya práctica da lugar a técnicas que producen objetos dirigidos a las fuerzas productivas. En torno a estas técnicas se construyen ideologías, que Pêcheux denomina “ideologías nube” organizadas en torno a la práctica técnica, produciendo distintos efectos, tales como aislar la respuesta técnica de la demanda social a la que corresponden, por una parte, y hacer que la práctica aparezca como autónoma, como expresión directa y global de la realidad, sin que se tengan en cuenta las condiciones restrictivas de la realización de lo real en la técnica. Por ejemplo, la realización técnica de lo real químico, depende de un conjunto de reglas operatorias, pero en la

ideología de la técnica química aparece como emanación directa de la realidad. Estas ideologías que intervienen sobre la técnica se mantienen a cierta distancia de la práctica científica, reinterpretando sus resultados, por decirlo de algún modo, pero sin interferir necesariamente en su desarrollo. Otra es la situación de las ideologías que Pêcheux denomina “ideologías cemento”, metáfora que da a entender que éstas intervienen directamente sobre su objeto. Se trata de las ideologías que intervienen sobre la reproducción-transformación de las relaciones sociales. Ahora bien, según la tesis materialista histórica, la reproducción de las relaciones sociales de producción tiene lugar a través de la forma sujeto, de la producción de la forma sujeto, por lo que las ideologías cemento intervienen sobre un objeto que es homogéneo con su producto. Intervienen sobre procesos discursivos y producen procesos discursivos. En consecuencia, las “ideologías cemento” entablan una disputa mucho más radical con la posibilidad de una ciencia de la reproducción de las relaciones sociales de producción, que las cuestiona en cuanto tales en su derecho a la existencia (ver Herbert 1971).

De lo que hemos dicho se sigue que hay condiciones diferenciadas para la ruptura epistemológica en un caso y otro (entendiendo que toda ciencia es ciencia de una ideología). Sin embargo, esto no responde más que parcialmente a la cuestión planteada como el “*pons asinorum*”. En sus términos formales, la cuestión es cómo se pueden hacer afirmaciones como “la ideología no es más que afuera (para la ciencia)” y “la ideología no tiene afuera (para sí misma)” siendo que todo punto de vista es ideológico. La respuesta a esta pregunta, según la lógica del trabajo de Pêcheux que hemos reconstruido, parece ser la siguiente: se trata de la intervención en una coyuntura teórica determinada. En el caso que analizamos, se trató de transformar el estatuto de un enunciado, desde su carácter de non-sens u ocurrencia marginal en el pensamiento fregeano para convertirlo en la regla en torno a la cual se organizan los nuevos conocimientos. La intervención podrá interpretarse, sin lugar a dudas, retrospectivamente como la acción de un sujeto (de allí las frecuentes alusiones al genio científico). Sin embargo, ello no quiere decir sino que la ruptura existe como efecto, no como la extirpación absoluta de la forma sujeto, sino como una puesta en suspenso de la misma, que se absorbe irremediabilmente mediante nuevas resubjetivaciones, asociadas a la reestructuración del discurso que la ruptura produce. De ahí que el tiempo de la

ruptura no sea el del sostenimiento de un contenido, sino el de su capacidad para desestructurarse o descentrarse a sí misma.

Referencias bibliográficas

Althusser, Louis (1985) *Curso de filosofía para científicos*, Barcelona, Planeta-Agostini, trad. de Albert Roies.

- Althusser, Louis (1988) *Ideología y aparatos ideológicos de estado. Freud y Lacan*, Buenos Aires, Nueva Visión, trad de A. Plá y J. Sazbón.
- Benveniste, E. (2010) *Problemas de lingüística general*, Siglo XXI, vol I, trad. de Juan Almela, Parte V “El hombre en la lengua”, pp. 161-206.
- Bachelard, Gastón (2010) *La formación del espíritu científico*, trad. José Babini, México, siglo XXI.
- Derrida, Jacques (2007) “Sémiologie et gramatologie. Entretien avec Julia Kristeva” en su *Positions*, Paris, Minuit.
- Frege, Gottlob (1998) *Ensayos de semántica y filosofía de la lógica*, Madrid, Tecnos.
- Henry, Paul. (2010) “Os fundamentos teóricos da “Análise automática do discurso” de Michel Pêcheux (1969)” en Gadet, F. y Hak, T. (eds.) *Por uma análise automática do discurso*, Campinas, Editora da Unicamp, trad. Betania S. Mariani, et ál.
- Herbert, Thomas (1971) “Notas para una teoría general de las ideologías” en Verón, E. *El proceso ideológico*, Buenos Aires, Tiempo contemporáneo.
- Lenin, V. I. (1956) *Materialismo y empiriocriticismo. Notas críticas sobre una filosofía reaccionaria*, Buenos Aires, Cartago.
- Levi-Strauss (1979) “Introducción a la obra de Marcel Mauss” en Mauss, M. *Sociología y antropología*, Madrid, Tecnos.
- Malidier, Denise (2003) *A inquietação do discurso (Re)ler Michel Pêcheux hoje*, Campinas, Pontes, trad. portuguesa de Eni Pulcinelli Orlandi.
- Macherey, Pierre (2006-2007) “Langue, discours, ideologie, sujet, sens: de Thomas Herbert a Michel Pêcheux” clases 11 y 12 del curso: *Ideologie: le mot, l’idée, la chose*. Disponible en: <http://stl.recherche.univ-lille3.fr/seminaires/philosophie/macherey/macherey20062007>

/macherey17012007.html y <http://stl.recherche.univ-lille3.fr/seminaires/philosophie/macherey/macherey20062007/macherey24012007.html> (acceso 9/7/2012)

Pêcheux, Michel (1975) *Les vérités de La Palice*, París, Maspero.

Pêcheux, Michel (1978) *Hacia un análisis automático del discurso*, Madrid, Gredos.